



PREGÓN FERIA 2019

(Elena Arenas Cruz)

Buenas noches

Sr. Alcalde, miembros de la corporación municipal, reina, damas de honor y zagales, familiares y amigas que me acompañáis en esta noche tan especial, público en general, bienvenidos a la inauguración de las Ferias y Fiestas de Almagro en honor a San Bartolomé Apóstol. Este año ha sucedido lo inimaginable: que yo tuviera el honor de ser pregonera en mi pueblo. Cuando Daniel Reina me llamó para pedir mi participación en este acto, acepté con miedo, pero también casi sin titubear, pues se abría ante mí la posibilidad de disponer de una tribuna pública. Y esto no es algo a lo que las mujeres podamos decir que no.

En este sentido, he de confesar que lo primero que hice, después de recibir la invitación, fue investigar cuántas mujeres me habían precedido. Y descubrí lo que ya intuía, que en toda la historia de esta institución, no ha habido más de siete pregoneras. Al menos hasta donde yo he podido averiguar. Esto significa que, aunque la presencia de las mujeres en todos los ámbitos es cada vez mayor, romper con la tradición del silencio femenino en los espacios públicos todavía parece más una corriente de fondo que una realidad.

Hablo de tradición porque la exclusión de la voz de las mujeres en los lugares públicos se remonta a la más remota antigüedad, como demuestran la Historia y la Literatura. Un ejemplo interesante lo tenemos al inicio de la *Odisea*, el poema atribuido a Homero allá por el siglo VIII a. de C. Penélope, la esposa de Ulises, oye desde sus habitaciones el canto de un aedo que está recitando delante de los pretendientes una composición sobre las dificultades que están teniendo los héroes griegos para volver a casa. A Penélope no le gusta el tema, por lo que se atreve a bajar para decirle al poeta que cante otra cosa más alegre. Es entonces cuando su hijo Telémaco manda callar a su madre. Les cito:

...mas tú vete

a tus salas de nuevo y atiende a tus propias labores,
al telar y a la rueca, y ordena, asimismo, a tus siervas
aplicarse al trabajo; el hablar les compete a los hombres
y de entre todos, a mí, porque tengo el poder en la casa.

(Canto I, vv. 355-359)

 Hay algo ligeramente ridículo en este chiquillo que hace callar a una experimentada Penélope, pero la anécdota demuestra cómo, desde el principio de la cultura occidental, las mujeres no son escuchadas en el espacio público. Este mandato de silencio tiene una larga historia, de la que podemos señalar solo algunos hitos: San Pablo ordena callar a las mujeres en la asamblea y de ahí, en toda la Iglesia posterior; en el siglo XVI, fray Luis de León sentencia que “Como es [propio] de los hombres el hablar y el salir a la luz, así de ellas [es propio] el encerrarse y encubrirse”. En nuestro tiempo cientos de tuiteros insultan en las redes a las mujeres mandándolas callar y el reguetonero Kevin Roldán triunfa cantando “Quiero una mujer que no diga na”¹.

Esta tradición silenciadora está bien visible en las calles de nuestro pueblo, en las que apenas hay nombres de mujeres. Tenemos, por un lado, calles que homenajean a personajes femeninos de la devoción popular: Nuestra Señora de las Nieves, Madre de dios, Pilar, Santa Ana, Egido de la Magdalena, o calle de la Santa, mujeres todas ellas de las que tampoco recordamos ningún discurso, salvo el de acatamiento. Otras calles rememoran a las mujeres como grupo indiferenciado. Así, Dominicas, Bernardas, Madres Mercedarias, Franciscas o callejón de las Descalzas. Estos nombres evocan un pasado lejano que oculta la vida de cientos de mujeres que en los siglos XVI, XVII y XVIII ingresaron en los conventos de Almagro. En estas fechas todavía no se les permitía dedicarse al cuidado de pobres y enfermos o a la educación², como muchas de ellas hacen en la actualidad. Sencillamente estaban encerradas, porque, aunque no es descartable que muchas entraran por vocación, otras tantas se vieron obligadas por las circunstancias. Hay que saber, que como las Leyes de Toro de 1505 favorecieron la herencia del primogénito varón, muchas mujeres de la nobleza se quedaron sin dote suficiente para casarse ni medios personales para subsistir, por lo que ingresar en un convento se convirtió en la única opción vital³. Estos espacios monacales femeninos estaban sujetos a reglas más o menos estrictas, pero todas coincidían en la necesidad de la clausura y del silencio, por tanto en la obligación de permanecer al margen de los asuntos de la vida pública.

No obstante, como sabemos por los estudios del historiador Francisco Asensio⁴, algunas de estas almagreñas de clausura han pasado a la historia, aunque no al callejero.

¹ Debo algunas de estas referencias a Laura Freixás, “Diarios femeninos”, *El País*, 28 de junio de 2019.

² En la sesión xxv del Concilio de Trento (1563) se establece que el clero regular masculino se dedique a la predicación, la asistencia a pobres y enfermos y la administración de sacramentos, mientras que el clero regular femenino, las monjas, vivirán en monasterios de clausura, apartadas del mundo exterior para fomentar la honestidad y disciplina. Cfr. JULIANA BELDAD CORRAL, “La clausura en los conventos rurales femeninos de la Mancha en los siglos XVI y XVII”, en Fco. Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.), *La clausura femenina en España. Actas del Simposium*. Vol. I (2004), p. 319.

³ JUAN BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, “Disposiciones hereditarias que afectan al reparto y a las legítimas: el ejemplo leonés” (1700-1850), en *Norba. Revista de Historia*, vol. 22 (2009)

⁴ FCO. ASENSIO RUBIO, *Personajes ilustres de Almagro*, Valdepeñas, UNED, 2017.

Es el caso de las dominicas Sor Catalina de Ayala y Sor María Maldonado Suárez, o la  beguina Catalina Sánchez. Las dos primeras eran de origen noble y se las recuerda por las privaciones y penitencias que se autoinfligieron, que les acarrearón la muerte; a ambas se les atribuyen milagros y curaciones, por lo que están en proceso de beatificación. En cuanto a la tercera, Catalina Sánchez, es quizás la más interesante para la historia de la clausura femenina. Fue una de las últimas beguinas o beatas españolas, esas mujeres que, entre los siglos XIII, XIV y XV deciden vivir juntas y retiradas del mundo para llevar una vida entregada a la oración y al auxilio de enfermos pobres. Las beguinas no eran monjas ni estaban adscritas a ninguna orden religiosa, es decir, se organizaban de manera autónoma e independiente⁵. Esta situación cambió en el siglo XVI, cuando los beguinatos fueron obligados a disolverse o convertirse en conventos de clausura, sujetos a una regla y sin ninguna función social. Catalina Sánchez fundó en Almagro un beaterio de mujeres junto al hospital de la Virgen de los Llanos, la primera patrona de la localidad, pero también trabajó, junto al cardenal Cisneros, en la constitución de la rama femenina de la orden franciscana, tanto en Almagro como en otros lugares de Castilla y Extremadura. De ella se conserva un *Libro de anotaciones* en el que describe la vida cotidiana y los medios de subsistencia del beguinato de Guadalupe.

Pero sigamos con la presencia femenina en el callejero. La calle Elvira no es más que un topónimo, y la calle Dulcinea evoca a un personaje literario que jamás habla en la obra que la ha inmortalizado. Solo nos quedan tres calles más, solo tres, que recuerden mujeres de Almagro: la dedicada a la empresaria del encaje Rita Lambert, que no era almagreña, la calle Encajeras, y la calle Guiomar Manrique de Lara.

Esta última fue la esposa del II marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán y Benavides, con el que se casó en Almagro en 1590 y con el que tuvo dos hijos y cinco hijas. La señora Guiomar cumplió su función dando a luz herederos para mantener el título de la casa de Santa Cruz, pero además, y supongo que por eso tiene una calle, dispuso que parte de sus bienes sirvieran para instituir una memoria de misas o patronato de legos en el Santuario de la Virgen de las Nieves, de la que era muy devota.

Las otras dos calles que quedan, Rita Lambert y Encajeras, están relacionadas. Voy a detenerme un momento en esta última, como homenaje a mi abuela Josefa, a mi padre, y a las miles de mujeres que han tejido la fama de nuestro pueblo con sus manos, su tiempo y su hambre. La escondida calle Encajeras, situada en un barrio de nueva construcción, no evoca los grupos de mujeres sentadas al sol de la tarde haciendo sonar los bolillos sobre las almohadillas, tal como las recordamos de nuestra infancia. Idealizadas por unos y otros, han sido llamadas “hadas del encaje”, cuando la realidad más bien se aproximaba a lo que un cronista de “La tierra hidalga”, vio hacia 1928. Y cito:

⁵ Cfr. M^a M. RIBERA, “Las beguinas y beatas, las trovadoras y las cátaras: el sentido libre de las mujeres”, en *Historia de las Mujeres en España y América*, tomo I, Madrid, Cátedra, 2006.



“Todos estos «corros» de laboriosas almagreñas, formados por ancianas, doncellas y niñas, afanadas a su trabajo, agotadas en un esfuerzo horriblemente torturante, monótono, ingrato, y en un derroche de paciencia incomparable; todas estas resignadas obreras, que consumen su salud y su vista sometida al yugo de sus empapeladas almohadillas; todas estas «máquinas de carne» [...] que laboran obstinadamente sin tener conciencia de la eficacia de su labor admirable, han pasado ante nuestros ojos como en una visión de aquelarre, como una pesadilla de martirios...”

Este cuadro nada idealizado se complementa unas líneas más abajo con una breve entrevista a las encajeras que el cronista encuentra a su paso. Ellas le describen los modelos que confeccionan y le aclaran que, efectivamente, trabajan mucho y duro, incluso velan por la noche, pero el salario solo les alcanza para comer. El cronista se sorprende al ver a niñas pequeñas tejiendo encajes, pero con resignación le explican que siempre ha sido así⁶. Y es verdad. Por los historiadores sabemos que a finales del siglo XVIII, cuando la industria encajera era más próspera, en los talleres de los hermanos Torres llegó a haber 806 niñas de cuatro a cinco años dedicadas al encaje sencillo, y 677 niñas de hasta nueve años, que se encargaban del encaje fino. La mayoría no cobraba en metálico, sino en especie, generalmente el hilo para el propio ajuar. Porque hay que saber que, como las encajeras no estaban incluidas en ningún gremio, su trabajo no se consideraba cualificado ni, por tanto, se pagaba debidamente. No fue hasta 1914 que las encajeras tuvieron voz en el espacio público gracias a fray Pedro Gerard, un sacerdote que ayudó a crear un sindicato cristiano de encajeras, aunque con tan poco éxito, que se disolvió seis años después⁷.

En todo caso, hay que destacar que el trabajo de las encajeras no solo contribuyó al sostenimiento de las familias de jornaleros pobres, sino también a fijar población en el territorio y a generar una floreciente industria artesanal textil de la que todavía hoy quedan algunas huellas. En esta estructura laboral fueron especialmente relevantes las maestras de encaje y blonda. Conocemos a Rita Lambert, que enseñó esta labor a mujeres y niñas de Almagro y de los pueblos adyacentes con la intención de que trabajaran, como mano de obra barata, para el negocio de exportación de encajes que inició, junto a su marido, en 1766. Pero no teníamos noticia, yo al menos, de la almagreña María Correas, soltera y residente en Madrid, que en 1793 solicitó permiso para abrir una escuela de encaje. Para ello hubo de obtener el grado de maestra sometiéndose a un examen de picado y elaboración de blonda, que aprobó brillantemente en 1794⁸. ¿Cuántas maestras como ella han caído en el olvido? Mujeres con un alto grado de especialización y probadas dotes

⁶ “Un paseo por los barrios almagreños”, *La tierra hidalga*, 28 de diciembre de 1928.

⁷ Cfr. MARÍA GREIL, “El encaje de Almagro. Una artesanía centenaria”, en *Datatextil*, 36, pp. 1-9.

⁸ Cfr. CARMEN SARASÚA GARCÍA, “La industria del encaje en el Campo de Calatrava”, en *ARENAL*, 2:2 (julio-diciembre 1995), pp. 151-174.

didácticas, que formaron parte de la boyante industria del encaje almagreño en los siglos XVIII, XIX y parte del XX, y de las que apenas tenemos referencias.



Y hasta aquí la presencia de las mujeres en el callejero de Almagro. No es mucho, la verdad. Pero es que, como dice Ursula K. Le Guin, las mujeres somos un invento muy reciente, por eso no hemos sido mencionadas en los relatos de hechos oficialmente relevantes, protagonizados casi en exclusividad por guerreros, políticos, eclesiásticos, científicos o artistas en general, hombres en su mayoría, que son los que han construido la versión oficial de la cultura y de la historia. Ya apuntó James Scott hace más de veinte años que en toda sociedad se da un doble discurso: “el público, generado por los sectores con mayor acceso al poder, que se presenta a sí mismo como objetivo y universal; y el oculto, o crítico de las relaciones asimétricas, que es el que utilizan cautelosamente las personas integradas en grupos subordinados o desprestigiados”⁹. Las normas y modelos que impone el discurso público son legitimadas por la universidad, el arte, los medios de comunicación y, cómo no, por las calles de las ciudades. Y tanta importancia tiene lo que el discurso dominante dice como lo que calla. Como bien ha visto Dolores Juliano, “Lo que no se expresa parece no existir”¹⁰.

Así que hoy voy a añadir a las ya mencionadas, otras almagreñas que merecen ser recordadas por su talento y valentía o por su mala suerte; algunas, incluso, podrían figurar en calles y plazas, porque de lo contrario corremos el riesgo de que si un extraterrestre viniera por sorpresa y paseara por nuestro pueblo, llegara a la conclusión de que las mujeres almagreñas solo han sido o monjas o encajeras o marquesas.

Empezaré por la gran María Camporredondo, quien, contra todo pronóstico, en un mundo de hombres, se atrevió a escribir un libro divulgativo sobre la filosofía de Duns Escoto, un filósofo del siglo XIV. Para hacerla accesible a cualquier lector, en su *Tratado philosophico-poético escótico* (1758) decide explicar conceptos abstractos mediante cuadros aclaratorios y resúmenes esquemáticos redactados en seguidillas. Sí, han oído bien, en seguidillas pensadas para ser memorizadas.

Los versos de María Camporredondo son vulgares y no pasarán a la historia de la literatura, pero es que su finalidad no era poética, sino didáctica. Lo que me interesa destacar no es su calidad, sino lo que hay detrás de la decisión de componerlos. En la Dedicatoria a don Fernando Espínola y Colona, que a la sazón tenía 10 años, la almagreña nos da algunas claves: escribe porque tiene suficientes conocimientos de Filosofía; escribe para demostrar que, de hecho es la única que ha sabido explicar esos conocimientos en verso, para que “algunos doctos vean reducido a acto lo que afirmaban ser imposible”; escribe porque desea que sus saberes sean accesibles para todo el

⁹ Cfr. DOLORES JULIANO, *Tomar la palabra. Mujeres, discursos y silencios*, Barcelona, Bellaterra, 2017, p. 43.

¹⁰ *Ibidem*, p. 45.

mundo, y, finalmente, lo más interesante, escribe porque tiene conciencia de estar dentro de una genealogía de escritoras: “Mujeres grandes han escrito en nuestra España, dando muy bien a entender con sus admirables obras la solícita aplicación a los estudios y la despejada claridad de su entendimiento”. Ella se sitúa en esa estela e indica que su aportación es una metodología para aprender: “Yo doy en método nuevo la llave maestra que abre la puerta a todas las ciencias [...]: doy a los niños y niñas por el paso de la memoria, útiles instrucciones para cuando tengan más experto el entendimiento. Hago gustoso lo desabrido del estudio”¹¹.

De María Camporredondo apenas sabemos que escribió este librito en su juventud y lo dio a la imprenta muchos años después. Quizás fue madre y se vio obligada a abandonar estas veleidades sapienciales, mal vistas en una mujer. Algunos estudiosos han dicho despectivamente que no era poeta, sino rimadora. De acuerdo, pero, ¿qué dominio hay que tener del latín y qué conocimientos previos hay que suponerle para leer y comprender los ensayos de ascética y metafísica de un filósofo del siglo XIV? ¿Qué habilidades hay que dominar para hacer estos saberes accesibles a cualquiera? No hace falta que yo responda. La almagreña María Camporredondo bien merecería estar entre las homenajeadas en nuestras calles.

Sé que entre los personajes ilustres de Almagro también se cita a la periodista antiliberal María Manuela López de Ulloa, pero como no está claro que fuera almagreña ni que firmara como *La patriota de Almagro*, no les voy a explicar a ustedes quién fue¹².

Sí me detendré brevemente a recordar una placa conmemorativa que había en mi escuela, hoy colegio público Miguel de Cervantes; se encontraba justo encima de la fuente, en el patio de las chicas, y en ella se podía leer:

A la insigne maestra nacional, modelo de educadoras, doña Valeriana Arredondo Gascón. Nació y murió en esta ciudad. Año 1876-1927. Almagro, en prueba de gratitud a su actuación escolar, perpetúa su memoria.

La placa fue colocada en 1930, en un acto muy concurrido en el que participaron las autoridades civiles y eclesiásticas de la época.

El reconocimiento público era a una maestra, una de las pocas profesiones liberales a las que podían acceder las mujeres. La señorita Valeriana Arredondo fue elogiada por muchas virtudes, entra ellas, por su dedicación absoluta (se mantuvo soltera)

¹¹ Cfr. María Camporredondo, “Dedicatoria a D. Fernando Espínola y Colona2, en *Tratado philosophico poético escótico, compuesto en seguidillas*, Madrid, Oficina de Miguel Escribano, 1758.

¹² El reciente descubrimiento del listado de obras de esta panfletista defensora del Antiguo régimen por parte de la investigadora Beatriz Sánchez Hita, así lo demuestra. Cfr. MARIETA CANTOS CASENAVE, *El nacimiento de la libertad de imprenta: Antecedentes, promulgación y consecuencias del Decreto de 10 de noviembre de 1810* / coord. por Elisabel Larriba y Fernando Durán López, 2012, págs. 345-362.

y por pagar de su propio peculio material escolar para las niñas más pobres. Con ella, hoy quiero recordar a tantas y tantas maestras que enseñaron números y letras a cientos de niñas en pequeñas escuelas propias o en la escuela pública. En las primeras décadas del siglo XX muchas constituyeron, además, un referente para el desarrollo de una mentalidad más igualitaria y emancipadora¹³. Por eso algunas fueron depuradas tras la guerra civil y expulsadas de la profesión; y otras, como doña Antoñita, a la que muchas recordaréis, tuvieron que volver a examinarse para revalidar el título de Magisterio, dado que el obtenido durante la República no tenía validez en el nuevo régimen franquista.

Entre las maestras de mi infancia, recuerdo a doña Mari Carmen Hernández, doña Maite, doña Mari Carmen Villegas, doña Loli y doña Margarita Araújo, doña Pepa Delmas... Esta última no me dio clase, pero la he citado con toda la intención: su recuerdo ha quedado grabado en la memoria de todos por ser la única alcaldesa que ha tenido Almagro, cargo que ocupó en los primeros años de la recién estrenada democracia (1981-1983), cuando en las listas electorales apenas había nombres femeninos. En realidad, poco ha cambiado la cosa. De trece concejalías que tiene nuestro ayuntamiento, en ninguna legislatura ha habido más de tres o cuatro mujeres con voz en los plenos. De hecho, después de Pepa Delmas, ninguna otra mujer ha cogido el bastón de mando en Almagro, salvo cuando, por alguna razón, el alcalde estaba ausente, como sucedió a menudo con Consuelo Ramírez Liñán.

Ella me da pie para recordar a otras mujeres profesionales de las que solo queda recuerdo en la memoria popular. Me refiero a las comadronas, relegadas a un segundo plano en un universo médico dominado por hombres. En Almagro, doña Magdalena Liñán Lozano y doña Ignacia Fernández Martín caminaban a pie con su maletín por las calles cuando eran requeridos sus servicios, mientras que los médicos, don José Almodóvar o don Antonio Cárdenas (padre), lo hacían en calesa y con cochero. Esta imagen, evocada por mi madre, es suficientemente elocuente de la condición marginal a la que quedó reducido el trabajo de las comadronas después de la represión sufrida por este colectivo en la dictadura. Hay que recordar que antes, en los años 20 y 30 del siglo XX, las matronas ejercían libremente su profesión, estaban sindicadas y podían pertenecer a partidos políticos, lo que las convertía en mujeres autónomas e independientes (algunas ni se casaban). Todo cambia tras la guerra civil, que convierte a las matronas en un peligro, como a las maestras. ¿Por qué? Por dos razones: porque no estaban en su casa, sumisas y dependientes, como el nuevo régimen patriarcal las quería; y porque, al ocuparse de la salud sexual y reproductiva femenina, su influencia sobre las demás mujeres constituía un riesgo para la moralidad de la población. Como ha explicado la profesora Lola Ruiz Berdún, el caso de doña Magdalena Liñán es paradigmático. Sometida a un consejo de

¹³ Como nos cuenta Josefina Aldecoa en *Historia de una maestra*

guerra por su profesión, en su juicio no tuvo ni un solo apoyo. Los testigos de descargo, médicos, practicantes, el farmacéutico..."Todos declararon en su contra y dijeron que era de izquierdas, atea y con mala reputación"¹⁴. Fue condenada a seis años de cárcel y solo en 1980, rehabilitada como matrona titular y declarada libre de toda sospecha. Tenía 67 años

Yendo un poco más allá, creo poder afirmar que esta represión contra las comadronas se enmarca dentro de una larga y oscura historia de reprobación y escarmiento contra aquellas mujeres que, al margen de la medicina académica, conocían yerbas, preparaban ungüentos, curaban dolencias, realizaban abortos o ayudaban a parir a las madres primerizas. Estoy hablando, como ustedes habrán imaginado, de las curanderas y herbolarias, muchas de las cuales, quizás las más tramposas o las más pobres, fueron acusadas de hechicería por la Inquisición. Resulta que Almagro no se libró de la caza de brujas, esa locura que atravesó Europa desde finales del siglo XVI hasta bien avanzado el siglo XVIII. Casi doscientos años en los que se asesinó a cientos de mujeres acusadas de prácticas diabólicas, tanto si curaban un orzuelo como si se las culpaba de la muerte de una oveja. Entre los procesos de hechicería abiertos en el Tribunal de la Inquisición de Toledo, bajo cuya jurisdicción estaba nuestro pueblo, figuran al menos ocho contra almagreñas o residentes en Almagro¹⁵. En 1610 se juzga y condena a María de Ocaña, natural de Almagro y viuda del genovés Juan Bautista Capi. Unos años más tarde, las hermanas Catalina y María de Escarate (1617) o Ana Hernández Naranja (1625), son juzgadas, pero sus causas están incompletas, por lo que no sabemos qué pasó. La fecha más sonada es 1674, año en que debió de producirse un verdadero revuelo en el pueblo, pues cuatro mujeres fueron detenidas y acusadas de hechicería: Isabel de Puertas, Juana Ruiz, Ana Sánchez y Juana Fernández. Solo hay información del auto de esta última, cuya investigación fue suspendida. Lo mismo pasó con el de María de Rojas, alias la Culebra, cuyo proceso se celebró casi un siglo después, cuando el tribunal de la Inquisición ya estaba trabajando a medio gas.

No sabemos nada de estas mujeres, salvo que algunas eran viudas, otras habían sido abandonadas por sus maridos y todas eran pobres y analfabetas. Sus medios de vida eran escasos, por lo que subsistían vendiendo yerbas y ungüentos y haciendo conjuros. Las he nombrado porque eran almagreñas y porque el sufrimiento de sus pequeñas vidas forma parte del proceso de disciplinamiento de las mujeres que se inicia con la

¹⁴ Cfr. DOLORES RUIZ GOMIS y BLANCO BERDÚN, ALBERTO, *Compromiso social y género: la historia de las matronas en España en la Segunda República, la guerra civil y la autarquía* (1931-1955), Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones del Exmo. Ayuntamiento, 2017.

¹⁵ Cfr. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, *Catálogo de las causas contra la fe seguidas en el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo*, Madrid, Tipografía de la Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1903.

Modernidad¹⁶ y cuyas consecuencias todavía se perciben en la actualidad. Como ha explicado el antropólogo Marvin Harris, cientos de mujeres fueron asesinadas en Europa porque el pánico de las brujas sirvió para convencer a la gente sin recursos de que el causante de sus males era el diablo invocado por su vecina y no el señor feudal que se quedaba con sus tierras¹⁷.

Pero sigamos con nuestra indagación genealógica. Si en las calles de Almagro no figuran las comadronas (pero sí los médicos¹⁸), ni las maestras ni las escritoras, no vamos a esperar que figuren las curanderas o las masonas o las comediantas. Aunque, dentro de la racionalidad economicista en la que vivimos, sí podríamos aventurar que el callejero homenajeara a las mercaderes y financieras. El mercado es uno de los pocos territorios donde las mujeres han podido ocupar el espacio público vendiendo los productos que fabricaban en el ámbito privado (frutas y verduras, conservas, quesos y manufacturas diversas de pequeño formato). Pero lo interesante es que, además de esta actividad comercial a pequeña escala o de subsistencia, hoy, gracias a los estudios de la profesora M^a Ángeles Martín Romera¹⁹, sabemos que a finales del siglo XV y principios del XVI hubo almagreñas que se abrieron paso con firmeza y autonomía en el mundo de los negocios a gran escala. Así, Mari Prieta estuvo al frente de la rica empresa textil de su suegra, Mari González, que incluía la elaboración y venta de paños, actividad que se realizaba tanto en la localidad, como fuera de ella.

Otro caso interesante es el de Elvira Alonso, que con 46 años se queda viuda, pero no solo no decide volver a contraer segundas nupcias, que era la práctica habitual, sino que se hace cargo del negocio familiar (aunque sus dos hijos varones tuvieran edad para ponerse al mando). Elvira dirige entonces una carnicería heredada de su esposo y una importante empresa de producción textil, en la que tiene empleados a su cargo, muchos de ellos varones. Posee además tierras de labranza y un horno, por el que cobra a quien necesite utilizarlo.

Además de mercaderes, hubo en Almagro mujeres que participaron, con sus bienes personales, como avalistas o prestamistas, en “las compañías de fiadores” para los arrendamientos de rentas municipales. Es el caso de Juana García, Aldonza de Pisa, o Beatriz González, todas ellas pertenecientes a familias pudientes judeoconversas. En la causa abierta contra esta última, un testigo afirma “que no ha menester administrador, que ella es muger que sabe dar buen recabdo de sy”. Efectivamente, en un tiempo en que se ponía en duda la capacidad de las mujeres para administrar sus propios bienes, Beatriz

¹⁶ Cfr. SILVIA FEDERICI, *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños

¹⁷ Cfr. MARVIN HARRIS, “La gran locura de las brujas”, en *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Madrid, Alianza Editorial, 2001 (reedición).

¹⁸ Tenemos una calle dedicada a D. José Almodóvar y otra a D. Antonio Cárdenas.

¹⁹ Cfr. MARIA DE LOS ÁNGELES MARTÍN ROMERA, “Mujeres de mercaderes, mujeres mercaderes. Testimonios de iniciativas femeninas en el ámbito comercial a finales del siglo XV”, en *En la España medieval*, 2009, vol 32, pp. 273-296.

invierte y gestiona su dinero participando como fiadora de varios arrendamientos de diezmos y alquerías en Granada y en Ciudad Real.



La voz de estas mujeres que hoy llamaríamos empresarias o emprendedoras o banqueras, no se oye en la historia, entre otras cosas porque el comercio o las finanzas se han estudiado siempre dentro de un contexto masculino, o quizás porque, desde el principio de los tiempos, la mayoría de las mujeres han sido siempre pobres, como dice Virginia Woolf. En todo caso, la actividad de estas almagreñas desafía la idea generalizada de que las mujeres solo trabajaban de manera subsidiaria en los negocios de sus maridos, padres o hijos, y apunta a una línea de investigación diferente, que acepte una mayor diversidad de situaciones.

En este tema quiero ir un poco más allá. Cuando el Estado no se ocupa de crear y financiar adecuadamente una red de instituciones médicas, laborales y educativas que protejan y garanticen la vida de los niños y de las personas dependientes, cuando esto no pasa, y cuando el salario de los hombres no da para vivir, las mujeres ocupan el espacio devastado, imaginan negocios de compraventa y establecen redes de cuidado mutuo. Mis abuelas, como miles de mujeres en el mundo entero en épocas de crisis, se convirtieron en comerciantes. Mi abuela materna, Mercedes Moreno, abrió una tienda de comestibles en el barrio de San Pedro; mi abuela paterna, Josefa Prieto, empezó a vender sus propios encajes y más tarde los que otras mujeres confeccionaban, en lugares alejados de Almagro, a los que tenía que desplazarse, junto a mi abuelo y luego mi padre, en tren y a pie. En tiempos particularmente duros, estas mujeres no tenían nada cuando empezaron, salvo arrojo y fuerza de voluntad. Sin conocimientos de matemáticas, demostraron su inteligencia llevando las cuentas de sus negocios, que ampliaron y mejoraron con el paso del tiempo. Pero hicieron algo más grande todavía. La clientela de ambas estaba formada, fundamentalmente, por mujeres, mujeres con las que establecieron una red de confianza mutua que admitía comprar fiado. Este sistema económico, ya obsoleto, permite la continuidad de la vida de las personas más pobres y, después de una guerra, garantiza la reconstrucción de los lazos sociales. Nunca se reconocerá lo suficiente la importancia que estos entramados de mujeres basados en la confianza han tenido para el sostenimiento de la vida de una comunidad, de la vida de un pueblo.

Por último, y como estamos en este lugar hermoso, sede de la imaginación, quiero mencionar a las comediantas. Las mujeres no pudieron subir a las tablas a actuar hasta 1583, cuando un grupo de actrices consiguió que las autoridades dieran su permiso tras comprometerse a no representar papeles masculinos y a no permanecer solteras dentro de la compañía. Desde esa fecha hasta hoy no hay referencias a actrices almagreñas en los libros de Historia, salvo que subrayemos el vínculo que María Ladvenant y Quirante tenía con nuestra localidad por ser su padre almagreño. Vivió a mediados del siglo XVIII. Fue actriz, empresaria, directora de escena y madre de cuatro hijos. Debutó con apenas

17 años en Madrid, alcanzando pronto un enorme éxito, pero murió a los 24, tras una enfermedad “violenta y desconocida”, al decir de su biógrafo. María fue admirada por los grandes escritores de la época, que le dedicaron palabras y versos, y en el Museo del Teatro se conserva un grabado que la homenajea²⁰.



En la actualidad, podemos congratularnos de la elevada calidad de las comediantas que trabajan en las compañías de teatro almagreñas: actrices del Taular Teatro, actrices de C+C, actrices de *La piel del oso* o de la compañía de visitas teatralizadas...Solo voy a nombrar a una, Mercedes Cruz Moreno, mi madre. Como a muchas de las mujeres de su tiempo, a ella no se le permitió tener una vocación personal más allá de la de ser madre y esposa. Sin embargo, la vida le ha regalado, ya jubilada, la oportunidad de mostrar algo más de sí misma: su capacidad para la dramatización. No ha sido fácil, pero su inteligencia y su prodigiosa memoria, cultivada con tenacidad, le han permitido llevar adelante papeles especialmente difíciles, como Violet, en *Agosto*, o Bernarda, en *La casa de Bernarda Alba*, por cuya representación ganó el premio a la mejor actriz protagonista en la XXVIII Muestra Provincial de Teatro organizada por la Diputación.

Podría seguir exponiendo lo que he indagado de la historia de las almagreñas, pero no hay tiempo. Por lo demás, son infinitos los trabajos realizados por mujeres sin nombres de mujeres. Segadoras, encajeras, lavanderas, amas de cría, planchadoras, bordadoras, aparadoras de calzado, conserveras de berenjenas, gorreras, tenderas, todas sin voz ni representación en el espacio público, sin gremios ni sindicatos, sin estudios y sin voto durante siglos. Esas mujeres también están en nuestra genealogía. Afortunadamente las condiciones sociales y profesionales han cambiado mucho y hoy las almagreñas estudiamos y ocupamos muchos espacios tradicionalmente masculinos: científicas, ingenieras, farmacéuticas, tecnólogas, médicas, procuradoras, abogadas, compositoras, concejales, deportistas, periodistas, etc, etc., etc., hasta policías somos.

Pero hay algo de lo que apenas se habla, aunque está en la base de todas las fiestas, algo tan, tan importante, que es el fundamento que permite disfrutar de todas las ferias.

Antes he utilizado la palabra *red*, que en alguna de sus acepciones se relaciona con *trama* y esta última con *entramado*, palabra esta que me gusta particularmente. Si sigo las referencias indicadas por el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, la *red* y la *trama* coinciden en ser una manera de disponer o cruzar hilos o cuerdas, bien para formar una malla, bien para formar una tela. En teoría de la Literatura, la trama de una novela es el modo en que se encadenan los acontecimientos, es decir, una trama es una historia. ¿Y qué es un entramado? Esta palabra proviene de la arquitectura: se trata de un armazón de

²⁰ Cfr. F. ASENSIO, *Personajes ilustres de Almagro*, cit.

hierro o madera que sirve para construir una pared o un suelo. Lo interesante es que, además, por extensión, *red*, *trama* y *entramado* significan estructura u organización.



De todas las redes, tramas y entramados que podamos imaginar, hay una especialmente sorprendente, por perfecta y eficaz, aunque generalmente pasa desapercibida. Madres, tías, abuelas, hermanas, hijas, sobrinas, amigas tejen esa red; con sus labores asignadas, que no elegidas, construyen el entramado de los cuidados y este permite que se desarrollen las tramas de las novelas personales. Queda así garantizada la supervivencia social. Por eso, el disfrute de la feria, la animación y el bullicio de la fiestas no es posible sin alguien que cuide la habitabilidad de los hogares, aprovisione y prepare alimentos, mantenga limpias y planchadas las prendas de vestir, atienda y cure las pequeñas enfermedades, dé abrazos y regale ánimos..., ese conjunto de tareas que hasta no hace tanto ha sido conceptualizado como “labores femeninas”, no sujetas a valoración económica ni a reconocimiento social. Damos la bienvenida a los hombres, todavía pocos, que están ayudando a levantar el aburrido entramado de la supervivencia cotidiana. Con ellos, codo con codo, conseguiremos que no solo nuestros hijos, sino también nuestras hijas sean lo que quieran ser, lleguen hasta donde su impulso las lleve y quizás alguna pueda, en el futuro, figurar en el nombre de una calle.

Viva Almagro y felices fiestas. Muchas gracias.

Elena Arenas Cruz